SANTA ANNA EN EL PLANO DE LA ACTUALIDAD BIBLIOGRAFICA

LOS ULTIMOS LIBROS QUE SE HAN PUBLICADO ACERCA DE SU EXTRAORDINARIA PERSONALIDAD

P o r J O S E D E J . N U N E Z Y D O M I N G U E Z

CUANDO don Lucas Alamán trazó su conocido juicio acerca del general Antonio López de Santa Anna, en el que le apellidaba "conjunto de buenas y malas cualidades, infelicísimo en la dirección de una batalla de las que no ha ganado una sola; habiendo formado aventajados discípulos y tenido numerosos compañeros para llenar de calamidades a su patria", tal vez supuso que aquel hombre había desaparecido definitivamente de la escena política de México.

No de otro modo se explica que clasificara al "vencedor de Tampico" como un motinero de profesión que sólo se ocupaba de promover revoluciones o en tomar parte en ellas; aunque muy bien pudiera ser que don Lucas adelantara ese parecer con el conocido valor civil que le era peculiar y sin temor a consecuencias futuras, que él más que nadie podía prever, dado el conocimiento profundo que de Santa Anna tenía como individuo y como gobernante.

Pero Santa Anna se salía de todas las órbitas de lo establecido por las leyes humanas; y contra lo que tal vez concluyó Alamán en sus meditaciones, tornó al proscenio—ahora sí por vez postera—a representar el último acto de su vida de hombre público, que tuvo años después el más lamentable y grotesco de los epílogos.

Santa Anna rebasó esa órbita a que circunscriben a los hombres normales los filósofos, precisamente porque era un "desorbitado", como se llama en psicología a esos tipos excepcionales que rompen con todos los preceptos que "estandarizan" la especie humana. Y no porque reuniera en sí atributos especiales de inteligencia superior, de dotes intelectuales fuera de lo común o de cualidades excepcionales de percepción y de fuerza volitiva, que forman el genio, sino porque concurren a favorecerlo circunstancias que supo aprovechar con espíritu sagaz, movido por una fuerza

que animó todas las acciones de su existencia: la "pasión de mandar".

El ilustre Marañón ha definido magistralmente este "instinto de superación" en su inigualable obra "El Conde-Duque de Olivares", de reciente publicación. Allí, el formidable biólogo hispano, traza en esta forma sus luminosos conceptos acerca de "la pasión de mandar": "El instinto de superación encuentra su cauce y su instrumento en todas las actividades humanas, incluso en las antisociales y en las patológicas. Conduce a la riqueza, al mando, a la gloria, al heroísmo, a la santidad, al crimen y a la perversión sexual. Puede coincidir con los instintos fundamentales, el de la conservación individual y el procreador, pues el superar a los otros hombres facilita, por lo común, el auge personal y hace el amor propicio a la prole fuerte. Pero también puede actuar en contra de ellos, y en esto reside una de sus características más importantes; ninguno como él conduce voluntariamente a la muerte, a la negación del individuo; o a la sexualidad infecunda, a la negación de la especie; puesto que la gloria, uno de sus objetivos supremos, se basa a menudo en la renuncia de todo lo mortal: de la sensualidad y de la vida".

"De este instinto de la superación, decíamos, es el de la dominación, el del poder y mandar, sólo una variedad. Lo demostraría si no fuera por sí mismo evidente, el que en muchos hombres el ansia de superar a los otros no supone, en modo alguno, el designio de mandarles. Incluso hay formas—quizás las más altas—del ímpetu de superación, que se basa en el sometimiento, como ocurre en la perfección religiosa, o en la renuncia al goce material del sabio o el filósofo, insensibles a toda suerte de honores y prebendas. Otros hombres ansían el poder, pero no como fin, sino como medio, como mero instrumento para el logro de grados superiores de superación. Y,

por último, el otro grupo de seres humanos, el mando es, por sí mismo, el fin de su instintivo afán: mandar por la fruición pura de mandar, como el avaro ama el oro por el oro: por el gusto de oírlo sonar en su bolsa. Esta es la forma genuina de la pasión de mandar”.

Tras de asentar que “la cantidad de hombres dominados de la pasión de mandar es inmensa”, pero que “para mostrarse en toda su plenitud necesita de circunstancias sociales muy eventuales, no siempre coincidentes que dan por ello, de raro en raro, ocasión a su próspero desarrollo”, se refiere al caso opuesto, es decir, a aquel en que las condiciones son favorables para que se pueda producir “esa conjunción de la pasión intrínseca de mandar con el ambiente propicio, para producir al gran dominador de hombres”. Tal caso lo explica en esta forma imponderable: “. . . Cuando el hombre rebosante de la pasión de mandar encuentra el ambiente social favorable, esa pasión florece a sus anchas, corre por un cauce libre y entonces aparece el caudillo, el dictador, el conductor de muchedumbres. Es este, pues, en todos los casos, el producto de una conjunción afortunada de ésta con el factor misterioso de “la circunstancia” propicia. De aquí la profunda verdad de la frase hecha de que en cada rebotica de pueblo, o en cada taller de trabajadores oscuros, puede estar escondido el héroe inédito, pero cuya trayectoria de ambición tiene que tocar, por azar sobrenatural, para hacerse fecunda, con la órbita de una gran conmoción humana: revolución, guerra, relajación de la estructura social o cualquiera otro de los grandes acontecimientos que turban hasta su raíz el curso de la Historia. De aquí también el que, con frecuencia, el gran caudillo no sea un ejemplar humano excelso; porque la parte que pone en su triunfo lo extraño a su personalidad, el ambiente, puede ser tan propicio que casi baste para subirle a la cumbre. Este factor externo, lo que se llama “suerte”, en ninguna otra actividad humana tiene, sin duda, la importancia —o por lo menos la resonancia— de aquí”.

Así, con este sentido psicológico, es como se necesita estudiar a una individualidad de la estructura de don Antonio López de Santa Anna, que sin ser “un ejemplar humano excelso”, tuvo de su parte el ambiente y el factor externo llamado “suerte”, de que habla precisamente Marañón.

Por lo general y hasta ahora, nuestros historiadores no han penetrado en la entraña de la personalidad de Santa Anna y se han conformado con repetir juicios formulados, unos, bajo la influen-

cia de la adulación, y otros, los más, dictados por un espíritu partidarista, casi siempre parcial.

Nuestra característica indolencia, amiga de la superficialidad, ha hecho que los historiadores se limiten a reiterar el lugar común establecido, impidiendo aquella que se lleven a efecto análisis concienzudos, más que de los actos, de los rasgos distintivos de la personalidad de Santa Anna.

Por fortuna, los nuevos derroteros de la Historia han abierto el campo a las investigaciones de carácter científico en que casi desaparece el biógrafo a la antigua y el narrador a secas para dar paso al psicólogo y aun al psicópata, cambiando así la técnica de la historiografía, que se encerraba en lindes tradicionales, pero sin invadir tampoco los terrenos de la ciencia experimental propiamente dicha.

Santa Anna como arquetipo del caudillaje hispanoamericano, ha tentado de seguro a más de uno de nuestros historiadores. Las múltiples facetas que presenta su agitada existencia de “hombre de acción”, han escapado al examen de nuestros historiadores que apenas a flor de piel las han tocado sin que ninguno haya emprendido ese trabajo de vivisección posiblemente por falta de entusiasmo y carencia de medios económicos para realizarlo.

Sin embargo, en el año recién fenecido de 1936, quizá por la circunstancia de conmemorarse en Texas el centenario de la derrota de San Jacinto o porque sonó ya la hora en que nuestros estudiosos de la historia se encuentran con suficientes ánimos y con la preparación necesaria para llevarla a cabo, se ha hecho patente un movimiento “santanista”, en el campo de las ideas, por supuesto, cuyos resultados han sido varias importantísimas obras de alta calidad histórica y literaria.

Ese movimiento hacia el estudio crítico de la personalidad de Santa Anna, según el criterio moderno, tiene sin duda como antecedente los libros del ingeniero don Francisco Bulnes—“Las Grandes Mentiras de Nuestra Historia”, y otros—en los que este maestro de la paradoja pero cáustico analizador de nuestros prohombres políticos, emitió juicios que se apartaban sensiblemente de los expuestos hasta entonces por los rebaños de Panurgo de nuestra historia; juicios que sin poseer por completo las condiciones que exige la historiografía moderna, que busca sus elementos hasta en la biología, se acercan mucho a ellos, aunque más bien se concretan a esbozos psicológicos puestos al servicio de una tesis netamente política.

Pero tales meteóricas aunque contundentes apreciaciones del ingeniero Bulnes, por ser partes integrantes de obras en que abarcaba situaciones generales o examinaba personalidades que tuvieron conexiones con Santa Anna, no forman un estudio intrínseco de "Su Alteza Serenísima", ya que más bien son fiscalizaciones ocasionales, derivadas de otros estudios.

En cambio, el estudio del licenciado don Eugenio Méndez Aguirre que con el título de "Santa Anna, el anormal", se estuvo insertando en varios números de la Revista "Todo", de esta metrópoli, marca la verdadera iniciación de los estudios modernos acerca del discutido dictador de México.

El licenciado Méndez, con penetrante talento y con desusada erudición en la materia, examinó a Santa Anna desde el punto de vista psicopático, aplicándole con rigorismo científico los principios del psicoanálisis y las teorías de la endocrinología.

Por primera vez en nuestra historia se hizo uso de estos instrumentos que proporciona la ciencia actual a los investigadores y que han abierto un insospechado y amplio campo a la Historia.

Cabe al licenciado Méndez la gloria de esta iniciación, que, por otra parte, efectuó al propio tiempo que en el Curso de Historia Contemporánea de México, de la Facultad de Filosofía y Letras, se hacía otro tanto. Producto de estas especulaciones universitarias fué la tesis de la señorita profesora Elena Picazo, intitulada "Santa Anna a la luz del psicoanálisis".

No debemos dejar inadvertido que en los Estados Unidos, un año antes, Mr. Frank C. Hanighen había publicado la obra "Santa Anna—The Napoleon of the West" (edición de Coward-Mc. Cann, Inc. New York), obra en cuarto mayor, correctamente impresa, al uso norteamericano y con algunas buenas ilustraciones y planos. Mr. Hanighen, que se documentó principalmente en la Biblioteca García, de la Universidad de Texas, presume de haber realizado la primera y definitiva biografía de Santa Anna, a quien sus editores denominan estúpidamente "prominente VILLANO de la historia" y "Viejo pata de palo".

Pero no hay tal, pues se trata más bien de una obra narrativa, en la que como es natural, se halaga el sentimiento patriótico yanqui. Basándose en la falsa frase atribuída a Santa Anna cuando fué presentado a Houston, a quien se dice que congratuló por haber vencido "al Napoleón del Oeste", el autor subtítuló así su obra, para darle un nombre atrayente. En ella no hay profundidad

en el análisis ni agudeza en las observaciones, seguramente por desconocimiento del medio mexicano y de sus hombres, resultantes inmediatas y distintivas de aquél; y más bien se trata de un libro del género de la historia amena, propio para concitarse la simpatía de los texanos en detrimento del "villano" Santa Anna y para explotar un ambiente de circunstancias con motivo del centenario de la independencia de Texas. La obra va acompañada de una magnífica bibliografía, que recomendamos a los que se interesen por la "santanística".

Por lo que se refiere al movimiento bibliográfico santanista del año 1936, sus comienzos se deben a dos escritores de provincia: a don Angel Taracena, de Oaxaca y a Don Carlos R. Menéndez, de Mérida, Yucatán.

Este detalle, más bien de lugar que de prioridad, tiene gran importancia porque nos hace pensar que si todos aquellos escritores, originarios o residentes en los Estados en que actuó Santa Anna, se pusieran, a imitación de los señores Taracena y Menéndez, a formar sendas monografías, quedaría hecha en definitiva la obra biográfica de cuya falta tanto se resiente la historia nacional.

En este sentido, es impartición de elemental justicia adelantar un caluroso aplauso a los escritores ya citados, porque han puesto los sillares del futuro edificio, que servirá ciertamente de emulación y de paradigma.

Porque si bien es verdad que el señor Taracena en su estudio intitulado "Santa Anna en Oaxaca", no pretendió llevar a cabo un trabajo de crítica histórica, ya que se concreta a reproducir una especie de diario manuscrito que llevó don Benito Quijano, que fungió de secretario particular de Santa Anna, durante su permanencia en Oaxaca, no resulta menos indubitable que lo allí referido proporciona precioso material para fijar uno de los episodios más dramáticos de la inquieta vida del amo de "Manga de Clavo".

Ese material consiste fundamentalmente en la revelación del histrionismo y la astucia, atributos que integran la contextura moral de Santa Anna, entre otros muchos, pero que deben calificarse como de los sobresalientes en su carácter. Por primera vez el teatralismo, que desde el punto de vista psíquico puede atribuirse a los "extravertidos", es decir, a aquellos individuos de rápida acción, a quienes reducen las situaciones desconocidas y atraen las perspectivas de lo nuevo, se manifiesta en Santa Anna durante su campaña de Oaxaca.

En esa teatralidad es necesario dar su parte al romanticismo imperante en la época. Aunque ile-

trado, Santa Anna sufrió la influencia de aquella corriente literaria que dió nuevos lineamientos a la sociedad de mediados del siglo XIX, en todos sus órdenes. Santa Anna, disfrazándose de fraile franciscano con sus oficiales y soldados, para proveerse de recursos cuando se hallaba sitiado por sus contrarios, realiza un acto temerario, claramente romántico, de novela al uso de la época a la par que típico de su temperamento de "inquieto mental", que constantemente urde y trama acciones inusitadas.

Este acto de Santa Anna se repite más tarde en diversos períodos de su vida, aunque evolucionando de acuerdo con su conveniencia personal.

En Oaxaca fue arrojo e irreflexión, o como antes se dijo, inquietud mental determinante de la inquietud física, según asientan los psiquiatras.

El hecho, poco conocido, lo consigna el libro del señor Taracena en esta forma: "Noviembre 29.—Falto como estaba de víveres el general Santa Anna para el mantenimiento de la tropa, pues en los almacenes no había ni un solo pedazo de pan ni dinero con qué adquirirlo en las cercanías del convento, pasa toda esa noche en vela y ya en la madrugada se le ocurrió una empresa verdaderamente atrevida y expuesta:

"Reune, como a las cuatro de la mañana, un piquete de soldados, de los más valientes de su reducida infantería, y con un cañón de a 12, salen del convento hacia el de San Francisco, situado en rumbo opuesto y en la parte de la ciudad que controlan las fuerzas del general Rincón. Llegado que hubieron a la parte posterior del edificio, dominan sus muros sirviéndose de doce escalas que llevaron prevenidas para esta operación y penetran a las celdas de los religiosos franciscanos, a quienes despojaron de sus hábitos; sacan las "mortajas" que, en gran cantidad, guardan en los cofres de oloroso cedro los citados religiosos y con ellas se visten los soldados y oficiales santanistas ante la estupefacción de las indefensas víctimas, a quienes dejan encerradas en sus propias habitaciones. Convertidos así los asaltantes en "pacíficos" religiosos franciscanos, penetran al templo unos, otros vigilan las entradas y otros más suben al campanario para llamar a los fieles a la acostumbrada misa matinal, pues es día festivo, lo que atrajo a mucha gente y a no pocos de los principales y pudientes vecinos de ese barrio. Hasta el propio general Calderón, dice don José María Tornel, estuvo a punto de caer en manos de Santa Anna al ir allí a cumplir con sus deberes religiosos, acompañado del coronel José María Mauleón, y de otros oficiales que llegaron

desarmados a muy poca distancia de la iglesia; pero alguien les advirtió que eran extrañas y desconocidas las caras de los frailes improvisados, y se retiraron presurosos.

Congregados los devotos que llenaban por completo el amplio recinto del templo, Santa Anna mandó cerrar las puertas y en forma y términos que son de suponerse, exigió a los ricos que habían acudido en gran número, una contribución que, sobrecogidos y espantados, pagaron muy pronto todos ellos; se apoderó de todo cuanto llevaban encima hombres y mujeres y recogió, además, la limosna que para los Santos Lugares de Jerusalén mantenía en depósito el reverendo padre guardián del convento".

(El mismo sucedido se halla relatado pormenorizadamente en la "Historia de Oaxaca", publicada recientemente por el brillante periodista e historiógrafo de Antequera, don Jorge Fernando Iturrubarría, a quien tan halagüeño futuro depara el campo de las letras patrias).

Satisfecho debe encontrarse el señor Taracena por la publicación de su fascículo, en el que recogió tan interesante manuscrito como el que reproduce.

Ha contribuido en esta forma discreta y apreciable, a la historia particular de Oaxaca y a la general de México, y sobre todo a la decisiva e integral reconstrucción de la figura moral de Santa Anna.

El señor Taracena supo diestramente aprovechar el material que tuvo por modo tan feliz a la mano para reedificar una época, pues que de su cosecha son atinados comentarios al manuscrito para aclarar hechos y personajes y una introducción en la que, en boceto explicativo, traza los acontecimientos que precedieron a la expedición de Santa Anna a Oaxaca.

* * *

De mayor envidia, de más alta envergadura, es la obra del meritísimo intelectual yucateco, infatigable campeón de la libertad del pensamiento y dinámico periodista don Carlos R. Menéndez, Director del "Diario de Yucatán", de Mérida.

No era posible que este eminente periodista, que ha contribuido a las letras nacionales y a la historia yucateca con libros tan notables como "Amorosas", "La Primera Chispa de la Revolución Mexicana", "Las Seis Coronas del General", "En Pro de la Libertad de la Prensa Mexicana", "Historia del infame y vergonzoso comercio de indios vendidos a los esclavistas de Cuba por los políticos yucatecos, desde 1848 hasta 1861", "Las memorias de don Buenaventura Vivo y la venta de indios yucatecos en Cuba", "La Evolución de

la Prensa en la Península de Yucatán (Yucatán y Campeche) a través de los últimos cien años”, “En pos de la Justicia. Una Vergüenza Nacional”, “La Clausura Forzosa del “Diario de Yucatán” y “La obra educativa de los jesuitas en Yucatán y Campeche, durante la Dominación Española”, no metiera mano en la personalidad de Santa Anna, en lo que se refiere a la actuación de éste en el antiguo solar de los mayas.

Un personaje tan proteico, que presenta fases tan disímiles para un observador de hombres, para un analizador de almas como es don Carlos Menéndez, aunque no haya escrito tratados de psicología, pero sí artículos periodísticos que valen por tales tratados, tenía por fuerza que hacerle experimentar sus efectos polarizantes.

Lo sedujo, además, como él mismo declara, por ser “muy interesante y pintoresca aquella etapa inolvidable y casi desconocida de nuestros anales” y además el deseo de “salvar de la polilla y del olvido” muchos inapreciables documentos inéditos hasta la fecha.

Este trabajo “realizado pacientemente durante varios meses de búsquedas y de consultas en periódicos, libros y expedientes, en las brevísimas horas de reposo que me deja la lucha incesante y agobiadora del diarismo”—declara también el autor—no es modesta aportación, sino valiosísima para la historia de Santa Anna, por la sencilla y básica razón de que nos ofrece la clave de todos los sucesos posteriores en que estuvo mezclado el audaz general y es a manera de preliminar de la conducta política que había de seguir en los largos años de su actuación. En una palabra: es el primer eslabón de la cadena de desaciertos que cometería Santa Anna después; el punto de partida de su vida de caudillo.

Desatendiéndonos del ambiente local, muy interesante de cualquier manera, el libro de don Carlos Menéndez llena el vacío que existiera en las biografías santanistas.

El futuro dictador fue a Yucatán a hacer su aprendizaje político y los distintos acontecimientos en que tomó parte, constituyen la iniciación de su carrera.

Allí abrió los ojos para la senda que iba a recorrer y tuvieron sus prístinas manifestaciones los múltiples rasgos de su personalidad en formación que le singularizarían tan claramente.

Aunque don Carlos todavía lo examina con el criterio tradicionalista implacable de los liberales clásicos, que lo heredaron de los jacobinos de la Reforma—heridos en lo vivo por las tropelías del dictador y que, por lo tanto, no le dieron cuartel cuando fiscalizaron su conducta, sabiendo que

dejaban a la posteridad ese legado de odio como un baldón eterno para Santa Anna—, no cabe duda de que es tal la fuerza documental del libro del señor Menéndez que de ella se extraen con facilidad los elementos para hacer el proceso histórico, según las modernas teorías, de la individualidad de Santa Anna en la primera fase de sus actividades.

Allí se encuentra el investigador la raíz de esa contradictoria personalidad. Los desplantes y baladronadas que examinadas a priori sólo parecen manifestaciones de un temperamento caprichoso, pedante y egocentrista, son, sin embargo, representaciones psico-patológicas que entonces tuvieron su primordial exteriorización y que después ya se definieron claramente en Santa Anna. Y sus coqueteos con campechanos y yucatecos, su versatilidad de opiniones que tan pronto halagaban a unos como a otros, en el asunto de la declaración de guerra a España, demuestra evidentemente que el desequilibrio en la función ética de que había dado palpables muestras traicionando primero al régimen virreinal y en seguida a Iturbide, se va agudizando en su naturaleza.

El hecho de que al asumir el cargo de Gobernador de Yucatán confesara paladinamente en su discurso “de juramento”, que “acostumbrado solamente a dirigir masas de soldados, ignoraba la ciencia de los políticos y los hombres de Estado”, sugiere al señor Menéndez estas atinadísimas reflexiones, que en otros términos no son sino confirmaciones de su desequilibrio en la función ética que antes apuntamos:

“En esta vez era sincero, contra su costumbre, y sin sospecharlo, el general Santa Anna, pues, en efecto, por su ignorancia de la compleja ciencia política y de los hombres, cometió, durante sus diversos gobiernos, los más graves errores que tanta sangre, tantas vidas, tantos jirones de honra y tantos y tan dolorosos sacrificios le costaron a México. Por lo que a Yucatán particularmente respecta, veinte años después ensangrentó su territorio, llenando de duelo los hogares con la malhadada y desastrosa expedición que mandó a las órdenes del general Miñón y que más tarde, a las del general Peña y Barragán, capituló vergonzosamente en el pueblo de Tixpeual. Tan vergonzosamente que, según el criterio del historiador don Carlos María Bustamante, citado por don Enrique de Olavarría y Ferrari en *México a Través de los Siglos*, “sólo faltó a los yucatecos pasar a Peña y Barragán por las horcas caudinas...”

Y su afán de exhibicionismo, uno de los puntos culminantes de su psicología, autoglorificándose en la sesión solemne de la Cámara yucateca

en que se juró la Constitución de 1824, y en la que se conmemoró el aniversario de la "jornada" de 2 de diciembre de 1822, se manifestó no únicamente en haber ido a esta última portando uniforme de gran gala y haciéndose acompañar de un deslumbrante séquito, sino en los discursos que en ambas sesiones pronunció. En la primeramente citada dijo que su rebelión en Veracruz "por siempre será gloriosa y memorable en los fastos del mundo" y en la otra, dice agudamente el señor Menéndez, "fulminó" un discurso en que sin embozo se mostró "orador y panegirista de sus propios "méritos" y pidió sin rubor que se erigiera un monumento para conmemorar el 2 de diciembre de 1822, junto con el Grito de Dolores y la firma del Plan de Iguala, con cuya grandeza parangonaba su hazaña.

Y a propósito de la fase verborreica de Santa Anna, que no puede en puridad de apreciación psicológica, cargársele entre sus defectos, porque tal afán de logomaquia era uno de los síntomas del Romanticismo, que en los políticos se había canalizado en un palabrisimo que encontraba sus mejores formas en los planes revolucionarios y en las proclamas de los militares, reflejos de los excesos literarios imperantes entonces; a propósito de ello, repito, ¿sería temerario afirmar que Santa Anna, víctima ya de su vanidad morbosa y su manía del embuste, creía a ciegas cuanto afirmaba y era sincero al condenar a los perturbadores del orden, a los facciosos, como lo hizo al jurar la Constitución política de Yucatán? El señor Menéndez, de paso, hace también resaltar el amor al dinero como uno de los defectos privativos de Santa Anna; y al efecto señala el hecho de que por dos veces pidió al Congreso se le abonara una parte del sueldo como Gobernador y que después solicitó varias ocasiones que se le pagaran los gastos que había hecho en su expedición a Campeche y que todavía con un pie en el estribo no cejó en su petición, a la que se opuso siempre la Cámara local, no obstante que había decretado que se le diera una gratificación.

Sobre su amor al dinero, Santa Anna se muestra contradictorio como en otros de sus rasgos personales. Indudablemente que la "facultad de avidez" se encontraba en él degenerada y era una de tantas demostraciones de su paranoia; pero así como aparecía ansioso de riquezas y llegaba al paroxismo de la ira cuando no conseguía una cantidad de dinero, así también daba pruebas de esplendidez para impresionar a la multitud y conseguir sus fines políticos. Eran sus inconfundibles efectos teatrales, aunque hay que reconocer que en determinados momentos, como en San Luis

en 1836, él empleó su propio peculio en equipar a las tropas que iban a Texas. Sin embargo, su falta de escrúpulos en materia de dinero, le hizo recibirlo hasta del invasor en el Valle de México, lo que él reputaba como ardid de guerra.

El punto quizá más interesante que se trata en el libro del señor Menéndez, es el relativo al proyecto de Santa Anna para libertar a la isla de Cuba desde Yucatán.

Este proyecto, que ahora se tilda de descabellado y ridículo—apreciación que es como un eco de las diatribas que lanzaron sus enemigos a Santa Anna con este motivo—no fue, bien examinado, sino una de tantas manifestaciones del desasosiego y de la exaltación de aquella época. Insistimos en que para juzgar de estos hechos, se necesita no prescindir del Romanticismo, como modalidad social de ese tiempo. Santa Anna—lo repetimos—se hallaba dentro de ese círculo en que se movían las fuerzas vivas del mundo al impulso del ambiente.

Tanto como los literatos, los militares sentían el influjo de ese hálito de aventura, de arrojadas empresas, del "deseo de gloria y pasión" que trajo el Romanticismo en sus poderosas corrientes renovadoras a partir de la primera decena del siglo XIX. Más que ningunos, los hijos de Marte se hallaban en condiciones de lanzarse a empresas temerarias, que, por otra parte, nada tenían de desusadas entonces, puesto que aun estaban frescas las hazañas de los adalides de la independencia de América, verdaderos románticos de la libertad.

Ambicioso e ignaro, Santa Anna obedeció al imperativo de ese que clasificaba Gautier como "maravilloso tiempo" o de lo que más tarde señaló Sainte Beuve como "mal del siglo".

Impetuoso, bajo el mandato de su temperamento tropical, arrebatado y ardido, Santa Anna quiso intentar la aventura irreflexivamente. En ello obedeció, de seguro, a una de sus características psicológicas: la máxima egolatría, manifestada esta vez por la "absoluta inconsecuencia de la responsabilidad y de la propia maldad".

Y yendo aún más allá, esta aventura de Santa Anna lo clasifica psicopáticamente entre los "extravertidos", que se definen como tipos "a quienes halagan las situaciones nuevas y desconocidas" y que "por averiguar algo desconocido, saltan a ello impetuosamente", por lo cual "su acción es rápida y no está sometida a objeciones y aplazamientos".

Del estudio hecho por la señorita Picazo, desprendo este resumen de la actuación de Santa Anna al respecto: "No repara en los medios para lograr lo que se propone. En Yucatán riñe con

el Gobernador, hombre de intachable conducta, hasta que éste tiene que renunciar, y como consecuencia lógica, Santa Anna, que ya había preparado el terreno apoyando la política del Estado en contra de los deseos de la capital, asume el Gobierno. Cuando se presenta el momento de explicar la dilación en la ejecución de las órdenes de la capital, proyecta seguramente la más descabellada de sus empresas, que da una idea cabal de su carácter. Con febril entusiasmo, sin autorización oficial del Gobierno, organiza un ejército, se pone en comunicación con prominentes cubanos, suplica, insiste con el Presidente Victoria para que se le apoye y ayude en su proyectada expedición para libertar a la isla de Cuba. Garantiza el éxito y confía ciegamente en sus triunfos anteriores. No hay para qué decir que las cartas que con este motivo escribe, son maravillosos ejemplos del más exaltado amor a la América. Ni por un momento comprende la magnitud de la empresa que él personalmente se propone dirigir y llevar al éxito con un puñado de hombres. Cree que sólo su nombre es suficiente para ahuyentar a los españoles, que su poderío personal equilibraría la enorme diferencia de recursos. ¿Qué perseguía? ¿Veía tal vez la ocasión de brillar como nunca? ¿Quería hacer desaparecer las dudas que había despertado por su tolerancia con la política del Estado? ¿Era posible que buscara gloria para México, cuyas deplorables condiciones pecuniarias no podían ni remotamente garantizar el éxito de este proyecto, que en cambio traería serias dificultades con otros países? Santa Anna no comprendía la situación, pero ya se había entregado a la idea”.

Sin embargo, cabe señalar por último, que Santa Anna al concebir el proyecto de la liberación de Cuba, quiso quizás emular a Bolívar, de quien siempre se mostró admirador, o tal vez secundarlo, puesto que el libertador sudamericano en varias ocasiones intentó que el Gobierno de México cooperara con él en la empresa. Además, Santa Anna sabía que la expedición de Cuba y su independencia eran asuntos que simpatizaban al Gobierno y el propio señor Menéndez se rinde a la evidencia al asentar que aquéllas “eran las ideas dominantes entonces”.

Y para que se vea que Santa Anna no obró tan estultamente, basta recordar que un año después, en 1826, la Cámara de Senadores autorizó al Gobierno para que en unión del de Colombia emprendiera una expedición militar a fin de ayudar a los cubanos a conseguir su independencia. Y puso en práctica el Gobierno esta autorización, en-

viando escuadrillas y expediciones marítimas a las aguas de la Gran Antilla.

Estos últimos hechos aminoran la responsabilidad de Santa Anna por su proyecto de 1825, y reducen sus proporciones a una simple demostración de su “vehemencia natural” de que habla Chávez Orozco, por más que el señor Menéndez dé un cariz absolutamente utilitarista al intento, despojándole de todo aspecto de amor a la libertad y de confraternidad racial.

(En esta cuestión hay que tener presente también que en 1829, cuando se hallaba en la Presidencia de la República el General Guerrero, se concibió un proyecto—esa vez sí descabellado—de consumir la independencia cubana con la cooperación de los negros de Haití, como lo narro en mi artículo “Un temerario proyecto de México para libertar a Cuba”).

Los documentos que el señor Menéndez inserta con relación al proyecto de Santa Anna, resultan de un gran valor no sólo histórico y testimonial sino psicológico, lo mismo que aquellos que se refieren a la postrera estancia del ex-dictador en Yucatán, en 1867.

Es la parte final del interesantísimo libro del señor Menéndez y tan sugestiva y atrayente como las demás, puesto que exhibe a Santa Anna en la fase de su decadencia absoluta.

¡Ironías del Destino que quiso que la iniciación y el ocaso de su vida política tuvieran por escenario idéntico sitio!

De las circunstancias y los cuantiosos documentos que integran esta parte del libro del señor Menéndez, se saca la convicción de que Santa Anna siguió siendo víctima de sus desequilibrios y que los mortecinos chispazos de su inquietud mental determinante de la inquietud física o hiperactividad, aún encendían sus brasas en su cerebro de septuagenario.

Su instinto de dominio y poderío, su exhibicionismo (característica de la animalidad predominante), su mitomanía, su vanidad morbosa, su hiperabulia, persistían en él, tan íntegras como en los años mozos en que fuera gobernante de Yucatán.

Pero si bien es cierto que todas esas lacras patológicas perduraban en su ser moral, ya sus facultades individuales se hallaban en plena ruina y en completo desgaste. Y este desastre, en contraposición con la entereza de su constitución psicopática, ha de haber constituido el más grande de los castigos que recibiera Santa Anna, el máximo tormento a que lo sujetara su sino.

Vejado, puesto en ridículo, despreciado por los que todavía se llamaban sus amigos, el ex dicta-

dor se desprende de las páginas finales del libro del señor Menéndez como un guiñapo humano, que no concita compasión ni lástima sino sarcasmo e ironía.

El señor Menéndez debe estar ampliamente satisfecho de este fruto ópimo de su maduro talento,

que, repetimos, ofrece jugos a sustancia a los investigadores para conocer a Santa Anna en el principio de sus andanzas, como hombre público, como sujeto de experimentación psicológica o simplemente como individuo.

(Continuará)

FENOMENOLOGIA DE LA PERSONALIDAD

P o r S A M U E L R A M O S

(Concluye)

III

La personalidad como valor.

LA tendencia de la voluntad hacia los valores, ya sea con el fin de realizarlos o simplemente como un amor a todo lo que hay de valioso en la vida para participar de ello, es la actitud que transforma al individuo en una personalidad. Pero a su vez la personalidad aparece como un valor nuevo que se diferencia de los valores que la condicionan, tanto por su calidad o materia, cuanto por su rango en la escala valorativa. Distínguese desde luego, de los valores restantes, en que es un valor que sólo a un individuo puede pertenecer. Considerada como un valor no se puede hablar de la personalidad en general, sino de personalidades singulares distintas unas de otras. Así la personalidad puede ofrecerse al conocimiento en estado de valor puro, e indiferente a su realidad o no realidad en el carácter del sujeto. En este sentido la personalidad se presenta como un ideal, al que el esfuerzo del individuo se aproxima más o menos, pero sin que su carácter real logre casi nunca coincidir con él. Hay pues un "carácter empírico", — dando a la terminología de Kant un sentido distinto al original, — y un "carácter inteligible" que representa en este caso, una idea, un arquetipo de lo que el individuo debe ser. Esta dualidad, presente en todos los sujetos, entre su carácter real e ideal nos permite comprender

que la personalidad no es como pudiera suponerse una estructura espiritual en reposo, sino más bien, un proceso en desarrollo infinito que se mueve en dirección a una meta casi nunca alcanzada.

De las ideas que se han afirmado aquí para definir la esencia de la personalidad, podría derivarse, con cierta lógica, la conclusión de que no es un solo valor singular, sino un compuesto de valores generales. Esta tesis no es del todo inexacta, pues, en efecto, se encuentran en cada una de las personalidades concretas, valores que no pertenecen en exclusiva a ellas, y que por lo tanto no son singulares en sí. Sólo que es preciso advertir que el valor singular de la personalidad radica justamente en la composición de los diversos valores generales. Podríamos decir, que como en el fenómeno de la combinación química, de la reunión de una pluralidad de valores, surge uno distinto, que ciertamente los contiene a todos, pero que es algo nuevo frente a ellos. La relación de la personalidad con el valor debe aún comprenderse en otro sentido. Cada individuo tiene un *ethos* particular, que consiste en un sistema único de preferencia respecto a los valores. En sus gustos, en sus simpatías, en sus repugnancias, en sus reacciones hacia todo cuanto le rodea, actúa por modo constante una misma manera de preferir y rechazar, que es única en cada individuo. Esas tendencias valorativas tienen una influencia decisiva en el carácter, y son nada menos las que le imprimen el sello de la personalidad. Para el caso no importa que el origen de esas tendencias se remonte a otros factores como la raza, el temperamento, el ambiente social e histórico, etc.,